

# LO POSITIVO DE LO NEGATIVO DE LA GUERRA FRÍA

**ANTONIO DE QUEROL LOMBARDERO**

*Coronel de Infantería de Marina.*

*Instituto Español de Estudios Estratégicos del CESEDEN.*

## 1.—INTRODUCCION

Nadie cree que la llamada guerra fría entre las dos grandes potencias se limita al período en que Stalin gobernaba la URSS con mano de hierro y los asuntos exteriores norteamericanos eran llevados al menos con energía por Foster Dulles. De hecho, lo que se entiende, hoy por hoy, por guerra fría se inició desde el mismo momento de la victoria sobre Alemania, Italia y Japón, y se ha prolongado hasta nuestros días sin solución de continuidad, aunque evidentemente, con intensidad variable y con métodos alternos.

El hecho de que, a pesar de todo, esta guerra fría no ha desembocado en una guerra caliente no puede hacernos olvidar la maldad intrínseca de esta confrontación, que ha dado como resultado cientos de miles de muertos en guerras periféricas, en revoluciones y contrarrevoluciones, en levantamientos e invasiones, con un sufrimiento sobreañadido a los que ya de por sí la población mundial soporta por otros motivos tales como hambres, sequías, inundaciones o cataclismos geológicos, que nos hace pensar si incluso para los responsables de este sufrimiento haya tenido lugar, y desde el supuesto que tengan razón en sus utopias de *mejoramiento* de la humanidad, ha merecido la pena.

No hablemos ya de la drástica rebaja, *ceteris paribus*, en la calidad de vida en la total población mundial, viciada de raíz la capacidad de vivir la vida con alegría por la opresiva sensación de estar en estado de sitio, de ser el *Día antes*. Esta sensación lleva forzosamente a posturas de abandono ("mejor ser rojo que muerto"), a la magnificación de la inminencia del desastre (refugios atómicos) y a cierto gusto por la violencia, puesto que no se puede escapar de ella, que llena el cine, la televisión y los reportajes gráficos de la prensa de imágenes de sangre, cuerpos rotos y horrores, de una truculencia como jamás se había visto.

Sin embargo, no todo ha sido negativo en la Guerra Fría. Lo primero que se puede decir de ella es que ha sido un sustitutivo de la guerra caliente y no su preámbulo. Parece que la disuasión ha funcionado durante más de unos críticos cuarenta años en los que, en otras

circunstancias donde el clamor popular contra la guerra y lo incierto de la suerte del mismo vencedor no hubieran existido, se han presentado sin ninguna duda varias ocasiones concretas para el inicio de una nueva conflagración mundial. Sin embargo, no nos referiremos a ello, puesto que vamos a tratar de los aspectos positivos que realmente se han dado en el tiempo real de la guerra fría; aspectos positivos que en nada alian los negativos, éstos de sobra conocidos para que insistamos sobre ellos.

## **2.—PAZ ENTRE LAS NACIONES DEL MISMO BLOQUE**

Hasta la Segunda Guerra Mundial, la historia política y bélica contiene ejemplos innumerables de naciones aliadas de ayer, enemigas hoy y a veces vueltas a la amistad mañana. Tras nuestra larga guerra en los Países Bajos, y al poco del reconocimiento de las Provincias Unidas del Norte, cuando se pensaría que los rencores por tan larga lucha estarían en su grado máximo, Holanda fue aliada de España en su lucha con Inglaterra, su antigua aliada. Italia y Japón, aliados al grupo de vencedores de la Primera Guerra Mundial, se cambian de bando y se alían con su antiguo enemigo (Alemania) para combatir a su antiguo bando.

Sin embargo, este cambio de chaqueta se ha dado muy pocas veces, si es que se ha dado alguna vez, en plena campaña.

La guerra fría ha mantenido esta tensión, diríamos bélica, en las naciones aliadas en uno u otro bloque, de manera que la cohesión ante el enemigo común ha servido para minimizar las diferencias y suavizar los roces que hayan podido producirse entre ellas durante estos años.

De hecho, exceptuando las guerras periféricas de los dos bloques como Corea y Vietnam, todos los conflictos han sido entre naciones no alineadas, como los de India y Pakistán, naciones árabes contra Israel o naciones árabes entre sí como la reciente de Irán e Irak, o más lejana de Pakistán y Bangla Desch.

Se podría argüir que esto es una paz impuesta, como lo que la *pax romana* durante la antigüedad, lo cual no es ciertamente algo muy positivo. Sin embargo, basta con un repaso de los últimos cuarenta años para encontrar la evidencia de que, al menos en el bloque occidental, no ha sido así. Las naciones han minimizado los motivos de conflicto y han buscado la integración o cooperación supranacional hasta niveles desconocidos en la historia. Europa no se está uniendo de manera impositiva como la Italia de Cavour o la Alemania de Bismark, sino por voluntad manifiesta de las partes; y los únicos problemas que ha aportado tal unión no ha sido los intentos de presión para incluir alguna nación, sino, todo lo contrario, la exclusión de nuevos socios hasta que cumplieran los requisitos para ello. Las relaciones de los EE.UU. con Europa y Japón todavía se mueven en los cauces del eficaz Plan Marshall y la nueva era de relaciones económicas estables que contribuyó a crear. Es impensable un conflicto entre naciones de este bloque; ni siquiera es pensable de Alemania Federal que, en otro contexto, con toda seguridad hubiera esgrimido reivindicaciones políticas y territoriales. Y es impensable principalmente porque por primera vez en la historia existe ya una tradición de medio siglo de relaciones políticas y económicas estables, y son notorios los beneficios de todo tipo de este nuevo orden.

### 3.—EXISTENCIA DEL COMUNISMO

Independientemente de pensar, como pensamos, que el comunismo ha demostrado por más de setenta años, no sólo que es incapaz de lograr las metas de bienestar social que su misma doctrina promete, sino que incluso para lograr esas metas es mucho peor sistema político que el pluralista y de economía de mercado de Occidente, mantenemos que la existencia del comunismo en un poderoso bloque de naciones y con partidos políticos en el interior de la mecánica pluralista de los sistemas políticos de Occidente, ha sido beneficioso para el mismo Occidente.

No queremos decir que sin el comunismo los esquemas de la economía capitalista hubieran continuado siendo los que se reflejan en los ejemplos que Marx incluye exhaustivamente en *El Capital* o Dickens toma como argumento para muchas de sus novelas. La dureza de la explotación de los trabajadores, incluyendo en este término mujeres y niños, por la misma naturaleza de las cosas, entre ellas la generación de enormes beneficios que a la fuerza tenían que ser recolocados, debía de cambiar rápidamente. Hay que recordar que las teorías de Marx surgieron en los primeros años de la revolución industrial; y que el capitalismo, tal como hoy se entiende, fue puesto en acoso desde los primeros momentos, y rápidamente transformado. Pero también es cierto que las cosas hubieran evolucionado más lentamente, o de otro modo peor o quizá nunca de no haber habido un movimiento obrero mundial, uno de cuyos principales motores fue el Partido Comunista. Una vez asentado éste en el poder en la poderosa Rusia, su influencia, a pesar de la parte negativa de sus excesos y su actuación general, más en busca del poder que en busca de un verdadero servicio a la causa obrera, ha sido beneficiosa.

De esta presión de las masas trabajadoras, Occidente ha obtenido el mejor de los servicios, y ha transformado sus estructuras de forma que se ha hecho invulnerable a esta misma presión de las masas trabajadoras: La existencia de sindicatos potentes ha hecho práctica común el diálogo entre patrones y obreros, o, mejor todavía, entre grandes sindicatos y asociaciones de empresarios, con lo que se ha llegado a una planificación de la economía, aplicada a todos y cada caso particular, por un sistema cada vez más fluido y menos confrontativo de acuerdos previos a la producción.

Los aumentos constantes de salarios ha evitado la acumulación de capital improductivo merced al constante tirón del consumo y la demanda; siendo este efecto, la existencia de grandes masas con capacidad de compra, el principal motor del desarrollo en Occidente. Recuérdese el caso de Ford que subió por su cuenta el salario a sus obreros y construyó un modelo muy barato para tener entre ellos mismos los principales compradores de sus vehículos. Lo relevante del caso no es la sensibilidad social del señor Ford, sino que obtuvo así muchos mayores beneficios.

El sobrante de dinero no empleado en el consumo ha pasado en forma de ahorro a una nueva forma de propiedad de la que participan la masa obrera: las sociedades anónimas. Esto ha evitado el peligro de la acumulación de capital pronosticado por Marx, y que de hecho no ha ocurrido principalmente por la integración de la masa obrera a la propiedad privada.

#### **4.—ANTICOLONIALISMO**

Seguramente la primera tarea de la recién fundada Organización de las Naciones Unidas tras la terminación de la G.M. II fue la conclusión del orden colonial europeo. En ella actuaron casi de consenso ambas superpotencias, aunque por métodos diferentes, revolucionario uno y de cooperación con las antiguas metrópolis el otro, dentro precisamente del marco de la guerra fría. El resultado ha sido menos traumático que lo que hubiera sido de esperar, y desde un punto de vista exclusivamente aritmético, bastante favorable al bando occidental.

Pero la ventaja cierta que ha obtenido Occidente es la de haberse librado del peso de las colonias. Indudablemente de haber continuado en el orden colonial anterior a la G.M. II se hubiera sin duda evitado la unión europea actual, frenado seguramente su pujante desarrollo económico y mantenido el constante motivo de fricción entre las naciones europeas a causa de sus respectivas colonias.

Esta liberación del lastre de las colonias ha permitido a las naciones europeas adoptar el tono moral a que su cultura tradicional le obligaba y que ciertos excesos en su colonialismo reciente (segunda mitad del siglo XIX y primera del XX) habían puesto en entredicho. Actualmente, ya a bastantes años de la descolonización, el prestigio de Europa como propulsor de la cultura mundial (heredera directa de la grecorromana) y sostenedor principal de un nuevo humanismo basado en los derechos del hombre no ha hecho más que crecer. No existe una nación del Tercer Mundo que no mantenga algún tipo de lazo con Europa, e incluso, la mayoría de ellas, lazos muy intensos.

En general, se puede afirmar que es la hora en que Occidente puede cosechar los frutos de lo bueno (que lo hubo) en su colonización, mientras que lo malo ha quedado atrás en un largo y a veces sangriento proceso descolonizador, uno de los ejes principales por donde ha sido llevada la guerra fría.

#### **5.—TERRORISMO**

Quizás la forma más próxima a la guerra caliente de la Guerra Fría ha sido y es el terrorismo. Por tanto, nos tememos que de su absoluta negatividad pocos elementos positivos se pueden extraer. Pero por eso no queremos dejar de referirnos a ello, aunque vaya en contra de nuestra intención de buscar lo positivo de lo negativo. No obstante, y sin que en absoluto compense (repetimos que nada de lo positivo puede compensar lo negativo de la guerra fría), podemos ver ciertos aspectos que marchan en la dirección de nuestro estudio. Por ejemplo, la cooperación policial entre las naciones de Occidente, con su repercusión en una mejor persecución de los delitos comunes, la mejor dotación y eficacia de la policía; muy poca cosa en comparación a su maldad intrínseca, pues este aspecto de la guerra fría es, quizás, moralmente, más execrable que la guerra caliente por lo que el terrorismo envilece, no sólo a quien lo practica sino también a la sociedad que lo sufre.

#### **6.—PACIFISMO**

Si consideramos la guerra fría como la antesala o fase de preparación de la guerra caliente, parece que la principal tarea a ejecutar es conseguir una ventajosa diferencia en el potencial

militar. Esto se hace principalmente por la vía de aumentar este potencial militar, a la que nos referiremos en el punto siguiente. Sin embargo, también se puede intentar conseguir, aunque por supuesto con un efecto mucho menor, por la vía inversa, la de reducir el potencial militar del adversario: introduciendo en su población posturas pacifistas.

De la eficacia de esta segunda vía tenemos un rotundo ejemplo en la guerra del Vietnam. La paralización de la voluntad de lucha de los EE.UU. mediante una activa acción pacifista y sus resultados (y, añadiríamos, la vergüenza posterior de la nación ante aquella conducta, que explica en gran parte la política interior y exterior de estos diez últimos años), son de sobra conocidos por los lectores para tener que insistir aquí sobre los efectos de esta vía, no reducidos a un nuevo efecto coadyuvante de la otra, sino como dirección de aplicación del esfuerzo principal.

Sin embargo, el pacifismo siempre es un fenómeno minoritario. Otra cosa es que esta minoría, perfectamente dirigida según los fines del otro bando dentro de la guerra fría, pueda obtener éxito. Las naciones de Occidente se han encarado con este problema, y lo han resuelto o están en vías de resolverlo. La solución es la misma que tan buenos resultados ha dado siempre en otros campos, sobre todo en la economía: considerar el elemento humano como el más escaso y por tanto el más costoso dentro de los gastos de una empresa, reducirlo al mínimo posible desarrollando la industria y la tecnología para lograr sistemas automatizados que lo sustituyan, y no hacer ir nunca al hombre a donde puede llegar la máquina (léase la munición).

Esto permite reducciones importantes de los efectivos manteniendo intacta la potencia militar, de forma que en Occidente, por un sistema de voluntariado que cada vez más se está imponiendo como sistema de reclutamiento, las naciones pueden soportar perfectamente sin menoscabo de su seguridad con un amplio margen la cifra real de pacifistas.

Es de destacar aquí como ejemplo la adaptación realizada en los EE.UU. de su sistema de recluta forzosa de tiempos de la guerra del Vietnam al del voluntariado, no ya con pérdida sino con el aumento considerable que la Administración Reagan ha dado a las fuerzas convencionales, pese a la sensible reducción de efectivos humanos.

En unas democracias donde el potencial militar está perfectamente integrado dentro del poder general del Estado, y que no son de temer ninguna forma de *pretorianismo* (que por otra parte la recluta forzosa jamás ha evitado), los ejércitos profesionales con reclutamiento mediante voluntariado se define no sólo como el más eficaz, sino como el más barato (no para el Estado, pero sí para la nación: los padres de los reclutas forzosos tienen que pagar el impuesto supletorio, invisible pero real, de atender a los gastos de sus hijos en filas que no producen o, estudiantes, se preparan para producir).

## **7.—CARRERA DE ARMAMENTOS**

Los gastos en armamento tienen muy mala prensa. Verdaderamente la guerra fría es algo negativo, pero ya hemos dejado claro que se puede convertir en positiva si evita la guerra caliente. En este orden de ideas se incluye en principio los gastos de armamento.

Queremos decir que admitimos su raíz negativa. Sin embargo, no admitimos como se dice sin más que sea un gasto inútil. Mucho más gasto (sí señor, en cifras que se mueven todos los días en el mundo entero) y mucho más inútil es el que se dedica al deporte, y en

cambio nadie clama para que ese dinero se utilice para paliar el hambre en el Tercer Mundo. Y decimos deporte, no educación física. Porque lo segundo tiene utilidad en el bienestar físico y calidad de vida, pero nadie puede convencernos que sea bueno para la salud estar repantingado en una butaca de un campo de fútbol. Y en cuanto a las cifras que el deporte recauda, baraja, distribuye y volatiliza, y no sólo en los recientes juegos de Seúl, sino todas las semanas (quinielas, desplazamientos masivos de seguidores, etc.), deberían ser tenidas más en cuenta de lo que se tienen por la opinión pública.

La seguridad es un bien de consumo, y por tanto cuesta dinero. Es una pena que existan ladrones, pero si queremos que no nos roben hay que gastarse el dinero en una puerta blindada. Por supuesto sería preferible tener gobiernos que acabaran con la delincuencia, pero como no parece que eso por ahora sea posible en ninguna nación occidental, el dinero del blindaje no es en absoluto un gasto inútil.

Habiendo dejado expuesta esta idea, no tenemos inconveniente en agregar que el desarrollo actual de la tecnología no habría llegado de ninguna manera al grado actual sin el incentivo de la carrera de armamentos (incluida en ella la carrera del espacio, pues se mueve también en los mismos esquemas militarmente competitivos de la guerra fría). Recordemos de pasada el origen militar del uso civil de la energía atómica, del radar y su enorme utilidad para la navegación y la seguridad en el mar, del sónar cuyas aplicaciones llegan hasta la averiguación del sexo de un niño en el seno de su madre a través de la ecografía, y una buena cantidad de aplicaciones tecnológicas cuyos beneficios actuales se deben a los que reportaron a las operaciones en la Segunda Guerra Mundial. Y el mantenimiento de un estado parecido a la guerra durante estos cuarenta años han significado también el mantenimiento de la tensión investigadora, de manera que hoy día no ocurriría lo normal en la historia militar donde el principio de una guerra se hace con las mismas armas y procedimientos que al final de la anterior, mientras que no se parecerá nada al que se utilizará pasados un par de años. Los avances en las telecomunicaciones, informática y robótica tan espectaculares han recibido un buen impulso de las necesidades militares en la carrera de armamento, bien por propia investigación, bien directamente gracias a los porcentajes dedicados a la investigación de las enormes cifras de los contratos de producción de armamento.

El futuro nos ofrece la posibilidad de una energía barata, no contaminante y casi inagotable, la de la reacción de fusión de átomos de hidrógeno: Parece que el camino de lograr de forma controlada esta fusión es el desarrollo del rayo láser para producir las altas presiones y temperaturas necesarias. Pero el láser también puede servir como arma para el sistema defensivo antimisil preconizado en el SDI o guerra de las galaxias, y a él se están dedicando los mayores esfuerzos de investigación militar que jamás en toda la historia se han realizado. ¿Podemos aislar este esfuerzo militar de sus enormes beneficios que sin duda dentro de veinte o treinta años recibirá la humanidad con el uso de esta energía? ¿Y no será el fin verdadero de este gran esfuerzo económico y científico la obtención de esta energía, y la carrera de armamentos no más que el camino actualmente más adecuado, por las circunstancias de todo tipo del mundo actual, para lograrlo?

## **8.—ECOLOGISMO**

El poner al ecologismo en línea con el terrorismo o, simplemente, con la carrera de armamentos puede parecer un injusto agravio. Y en efecto, en principio lo es, porque el

ecologismo tiene razón, y en sí mismo no puede ser más beneficioso. Si no existiera, sería necesario inventarlo; y eso es lo que deberán hacer en el bloque comunista, donde al parecer, no existe más que como reflejo del que tan activamente se agita en Occidente. Pero su monomanía contra toda actividad nuclear (en la cual, por cierto, tan escaso tributo de vidas humanas ha tenido en Occidente: menos que las de la media anual en la actividad del petróleo o de la media diaria, silicosis incluida, de la del carbón) en Europa, cuya dependencia del petróleo tan vulnerable les haría con el Atlántico a sus espaldas; su silencio ante catástrofes ciertas y de enorme magnitud como la reciente de Chernobyl; su alianza de principio con los pacifistas, cuyo ejemplo más reciente es la protesta por el campo de tiro de Anchuras, cuando, como muy bien ha argüido el ministro de Defensa, un campo de tiro no puede dejar de convertirse a la vez en parque natural que excluye cazadores, agotamiento del suelo, talado de árboles o contaminación por insecticidas; su oposición, en frío, a toda actividad militar, como maniobras, nuevos acuartelamientos, etc., lo hacen sospechoso de estar trabajando para el otro bloque. No sería la primera vez que idealismos tan generosos y nobles como éste son conducidos hacia otros fines.

Sin embargo, y aunque fuera verdad que actúen consciente o inconscientemente a favor del otro bloque en la guerra fría, el ecologismo tiene tanta razón que no puede dejar de ser beneficioso. Por el sano temor que actualmente se tiene ante el delito de "leso ecologismo", las medidas de seguridad de las centrales se decuplican, las empresas invierten para que sus grandes complejos industriales tengan dispositivos anticontaminantes y los gobiernos parece que se están decidiendo a emprender una legislación más enérgica para proteger la vida y el entorno. Quizás no se haga lo de prisa que los ecologistas desearían, pero al menos se ha llegado o se está llegando al más feliz de los resultados: al convencimiento de que es posible seguir obteniendo rentabilidad y competitividad pese a los más o menos costosos gastos en medidas de seguridad y anticontaminantes; que estas medidas son un coste de producción más y como tal pueden ser compensadas reduciendo los demás costos de producción por la tecnología y la modernización; que es posible ir adoptando estas medidas sin dislocar de una manera grave la marcha económica de la nación aunque su antigua estructura no estuviera preparada (como evidentemente no lo estaba) para este cambio. En la medida que esto se ha hecho se ha evidenciado que no ha habido que cerrar fábricas, frenar la actividad económica o perder competitividad.

El otro bloque, para su desgracia (y quizás para la nuestra), libre de la presión de grupos ecologistas tan activos como los nuestros, y esclavos de un sistema de planificación global de la economía que no consiente experimentos parciales, se ha quedado atrás respecto a Occidente en lo que podríamos llamar "desarrollo ecológico". La propia teoría marxista, a pesar de estar totalmente dirigida a la "praxis", al hacer, a la actividad del hombre sobre la naturaleza, jamás tuvo el menor atisbo de las malas consecuencias del principio de entropía, de que no es posible crear orden sin generar desorden. Ha ignorado el deshecho y minimizado el peligro de los desperdicios. Ahora posiblemente no pueda de golpe soportar su economía la producción no contaminante y segura. La catástrofe de Chernobyl no ha sido un mero accidente; son conocidas las mínimas condiciones de seguridad con que funcionan las centrales

nucleares en la Unión Soviética. Pero es indudable que su economía no soportaría la paralización de su colosal sistema de centrales nucleares aunque fuera tan sólo para dotarlas de la mitad de las medidas de seguridad que poseen las de Occidente.

## 9.—LA “PERESTROIKA” COMO FINAL DE LA GUERRA FRÍA

La “perestroika”, incluso la que va más allá de la “perestroika” (de una mera “reestructuración”), es decir, el abandono de muchos postulados marxistas-leninistas por otros del mundo capitalista tales como la privatización de los medios de producción y establecimiento de una economía de mercado, no quiere decir el final de la guerra fría; ni siquiera que haya un cambio en su manera de llevarla a cabo, según hemos tratado en los puntos anteriores. No sería la primera vez que se da culto oficial a un gran hombre y se hace lo contrario de lo que establece la doctrina que dejó. Los gigantescos retratos de Marx y de Lenin pueden seguir presidiendo los actos oficiales de la Plaza Roja de Moscú sin otro cambio que la iluminación de los grandes almacenes vecinos montados por la nueva y pujante empresa privada soviética.

Pero Occidente, y sobre todo los EE.UU. parecen haber adquirido en este casi medio siglo de guerra fría algo más de desconfianza, prudencia o menos ingenuidad. Se ha aprendido que los conflictos nacen y estallan muchas veces sin deseo expreso de la voluntad de las partes, que las cosas no se resuelven de una vez por todas.

En la Primera Guerra Mundial, la postura de los EE.UU. fue generosa pero candorosa y sobre todo ineficaz. El Presidente Wilson que entró en la guerra creyendo a pie juntillas la famosa frase de Wells: “Esta es la guerra que va a acabar con todas las guerras”, intentó que la paz asentara un orden nuevo que efectivamente lo hiciera posible, no fue nada flexible para lograr lo posible en este generoso deseo, quiso el todo o el nada, y el resultado fue el Tratado de Versalles, verdadera bomba de retardo para la paz, y el rechazo de sus parlamentarios a formar parte de la Sociedad de Naciones cuyo padre ideal era el mismo presidente Wilson.

El presidente Roosevelt obró con parecida ingenuidad en la Segunda Guerra Mundial, creyendo que, puesto que la URS había sido su aliada durante la guerra, lo sería también en la paz, y que una nueva Sociedad de Naciones patrocinada por los grandes vencedores de la guerra vigilarían y mantendrían la paz entre las naciones de mediana y pequeña entidad. No hubo que esperar mucho tiempo tras la terminación del conflicto para comprender que tampoco ésta era *la guerra que iba a terminar con las guerras* y que el motivo por el que se había iniciado, mantener la integridad territorial de Polonia, no había desaparecido sino que había sido *corregido y aumentado*.

Desde entonces acá una sana desconfianza ha ido ganando a los responsables de la política exterior norteamericana y, en general, ha informado la actuación de la OTAN desde su fundación. En el momento actual es impensable que los anuncios de reformas en la manera de actuar (tanto exterior como interior) de la URSS pueda hacer bajar la guardia a Occidente. Y esto ha sido bueno para el mantenimiento de la paz. La retirada de los misiles de alcance medio soviéticos contra Europa sólo fue posible cuando la OTAN desplazó otros equivalentes en Europa, forzando con los rusos un tratado de retirada mutua de estos misiles.

El anuncio de un sistema defensivo antimisil a desplazar en el espacio o guerra de las galaxias, ha hecho cambiar la dialéctica de disuasión desde el dantesco concepto de “Mutua Destrucción Asegurada”, basado en la posesión de más y más armamento nuclear, al de “coraza protectora máxima” que puede hacer superfluo la mera cantidad, e, incluso, si las

esperanzas puestas en la tecnología del próximo futuro no son engañosas, dejar obsoleto todo el armamento nuclear.

## 10.—CONCLUSIONES

La guerra fría abarca un período de contenido muy singular. Se han dado en él las mayores transformaciones que recuerda la historia, dentro de un clima hasta cierto punto estable. Recuérdese que el nacimiento de una nación como Alemania trajo, no más lejos que hace un siglo, enormes convulsiones que transcurren a través de un hilo de causa efecto desde Bismark hasta la G.M. II. Sin embargo, en el período objeto de nuestro estudio se han formado tal cantidad de nuevas naciones (que también tenían sus Bismarks y sus vecinos hostiles) que llenaríamos más de una cuartilla si los enumeráramos. Y exceptuando el viejo problema judío-palestino, con las características de los antiguos problemas raciales como el de Inglaterra e Irlanda, y por tanto una excepción razonable (que se puede razonar), no se han producido convulsiones dignas de mención.

Por otra parte, el desarrollo tecnológico y económico en todo el planeta ha sido tan extraordinario que, si no fuera porque al estar inmersos en él tendemos a considerarlo como normal, deberíamos asombrarnos de que tal cosa haya sido posible.

La estabilidad y hasta la emergente eficacia de las organizaciones internacionales también deberían dejarnos asombrados si no tuviéramos de estas organizaciones un concepto tan pueril como para tender a pensar que algo, la ONU por ejemplo, que no tiene instrumentos de poder, es capaz sin más de ejercer el poder. Sin embargo, el progreso en las relaciones internacionales ha sido precisamente eso, que por primera vez en la historia organismos carentes de poder, por prestigio, por conveniencia general o por racionalidad de las partes, de hecho lo tienen.

El orden internacional a nivel global está siguiendo un proceso inverso al del Sacro Imperio, en el que el prestigio y el poder siguieron durante muchos siglos una dialéctica descendente hasta su consumación. Pensemos en las enormes (y beneficiosas) consecuencias que puede tener la reciente consecución de una tregua y posteriores negociaciones de paz bajo el patronazgo de la ONU entre Irán e Irak. Si, como se intenta, consiguiese reunir a las partes implicadas en el conflicto árabe-israelí, u organizase un acuerdo mundial contra el terrorismo, el prestigio de la ONU llegaría a tales cotas que de hecho quedaría transformado en un poder real.

Todo esto es difícil que se hubiera dado sin la existencia de la guerra fría durante los últimos cuarenta años. Por supuesto no hubiera hecho falta si no hubiera habido tampoco guerra fría, pero ese no ha sido el caso. Porque por guerra fría en sentido positivo hay que entender: realismo para apreciar los conflictos, capacidad para resolverlos en su nivel máximo pero actuando en los niveles que menos hagan peligrar la paz, seguimiento de esta actuación y de sus resultados, control especial de derivaciones no previstas y no deseadas, y disposición para bajar los niveles anteriores de acuerdo con las partes implicadas de una manera gradual y equilibrada.

En la medida que esto continúe se puede asegurar que los progresos de un bien cimentado orden pacífico internacional (no el menor, pero probablemente el mejor posible) seguirán su marcha ascendente. Los peligros de romper esta marcha son no obstante todavía

amenazantes. La falta de realismo para apreciar la verdadera magnitud de los conflictos es un peligro siempre latente. La tendencia a, puesto que sólo vamos a emplear nuestro poder en sus niveles mínimos, adecuar la fuerza real a los niveles previsibles de aplicación, es algo que se reclama a diario desde muchos órganos de opinión de las naciones de occidente. La actuación puede pecar por exceso de fuerza y también por defecto. Siempre pueden quedar fuera de control repercusiones no deseadas de cualquiera de los implicados. Y por último, un desarme unilateral o desequilibrio respecto al oponente elevará *ipso facto* el nivel de los conflictos (al disminuir el del riesgo que el nuevo poderío puede soportar).

Sin embargo, es difícil que estos peligros no sean rápidamente corregidos, porque la guerra fría, y ésta es en resumen su principal consecuencia benéfica, ha consolidado entre las naciones y sobre todo entre las grandes potencias como un cuerpo de doctrina no escrita, que sin intentar resolver definitivamente la paz evita la guerra y que la práctica diaria de los organismos internacionales, los gobiernos y respectivas administraciones no pueden dejar de tener en cuenta, pues hasta las disposiciones de gobierno de más bajo nivel han nacido desde los supuestos de esta doctrina implícita.

Digamos, en fin, que las naciones, y sobre todo las que tienen mayor poder y responsabilidad en la marcha pacífica, bien que todavía no ordenada, del mundo, empiezan a tener en cuenta la prudencia que glosaba Antonio Machado: "No todo lo que se mueve, cambia; ni lo que cambia, mejora; y lo peor, siempre es empeorable".